

www.puntodelectura.com

TRILOGÍA NEGRA DE ESTOCOLMO II

NUNCA LA JODAS

JENS LAPIDUS

Traducción de María Sierra y Martin Simonson



punto de lectura

Título original: *Aldrig Fucks Upp*

© 2008, Jens Lapidus

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© Traducción: María Sierra y Martin Simonson

© De esta edición:

2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-1121-2

Depósito legal: B-7.296-2011

Impreso en España – Printed in Spain

© Diseño de cubierta: OpalWorks

Primera edición: marzo 2011

Impreso por **blackprint**
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Capítulo

1

El sabor metálico en la boca no pegaba. Como cuando uno se ha lavado los dientes y luego se toma un zumo. Confusión total. Pero ahora, en realidad, sí que pegaba. Mezclado con miedo. Pánico. Terror a morir.

Un bosquecillo. Mahmud de rodillas en la hierba con las manos en la cabeza, como un capullo del Vietcong en una película bélica. El suelo, mojado; la humedad le atravesaba los vaqueros. Quizá fueran las nueve. El cielo aún estaba claro.

Alineados a su alrededor había cinco tíos de pie. Todos del modelo «peligro mortal». Tíos que no se rajaban. Que habían jurado apoyar siempre a su banda. Que se zampaban para desayunar gánsteres de medio pelo como Mahmud. Todos los días.

*Chara*¹.

Ambiente frío en mitad del verano. Sin embargo, notaba el olor a sudor en la piel. ¿Cómo coño había sucedido? Iba a darse la gran vida. Por fin fuera del trullo; libre como un pájaro. Listo para agarrar a Suecia por los huevos y retorcérselos. Y luego pasó esto. ¿Podría ser *game over*? En la realidad. Todo a la mierda.

El revólver rechinó contra los dientes. Resonó en la cabeza. Flases ante sus ojos. Imágenes de su vida. Recuerdos de asistentes

¹ «Mierda» en árabe.

sociales gruñonas, orientadores que fingían ser comprensivos, tutores disimuladamente racistas. Per-Olov, su profesor de los últimos años de primaria:

—Mahmud, en Suecia no lo hacemos así, ¿lo comprendes?

Y la respuesta de Mahmud, en otra situación habría sonreído con el recuerdo:

—Que te den por culo. En Alby sí lo hacemos así.

Más fotogramas. Maderos del asfalto que no entendían lo que les hacía a los chicos como él la porquería de educación estatal de Vikingolandia. Los ojos llorosos de su padre en el entierro de su madre. Todas las charlas con los chavales del gimnasio. La primera vez que consiguió mojar. Dianas perfectas con globos de agua desde el balcón sobre la gente que había abajo paseando a los perros. Los hurtos en el centro. El comedor del trullo. Él: un verdadero millonario, de los bloques de pisos de los planes de vivienda de la periferia, en alza, como un gánster de lujo. Ahora: hacia abajo de cabeza. Borrado.

Intentó susurrar una oración pese a la pipa en la boca.

—*Ash-Hadu anla-ilaha illa-Allah.*

El tío que le tenía la pipa metida en la boca le miró.

—¿Decías algo?

Mahmud no se atrevió a mover la cabeza. Miró de reojo hacia arriba. Claro que no podía decir nada. ¿El tío era corto? Se cruzaron sus miradas. El tío parecía seguir sin pillarlo. Mahmud le conocía. Daniel: en camino de convertirse en alguien, pero todavía no era uno de los pavos importantes. Pedazo de cruz de oro de 18 quilates al cuello; estilo sirio del bueno. Quizá fuera él el que mandaba en ese momento. Pero si su cerebro hubiera estado hecho de farla, el importe de la venta apenas habría llegado para comprar una chocolatina con galleta.

Al final: Daniel comprendió la situación. Sacó el revólver. Repitió:

—¿Querías algo?

—No. Déjame marchar. Voy a conseguir lo que debo. Lo prometo. Venga.

—Cierra el pico. ¿Te crees que me la puedes colar? Vas a esperar hasta que Gürhan quiera hablar.

La pipa de nuevo en la boca. Mahmud se mantuvo callado. No se atrevía ni a pensar en la oración. Pese a que no era religioso, sabía que debería hacerlo.

Pensamiento repetitivo: ¿Era el final?

Sentía como si el bosque a su alrededor girara.

Intentó no hiperventilar.

*Fuck*².

Fuck, fuck, fuck.

Quince minutos más tarde. Daniel se había empezado a cansar. Se retorció, parecía desconcentrado. La pipa rechinaba más que el viejo modelo de vagón de metro. Parecía que tenía en la boca un bate de béisbol.

—Tú te has pensado que puedes hacer lo que sea, ¿verdad?

Mahmud no podía contestar.

—¿Es que te habías pensado que podrías clavárnosla?

Mahmud intentó decir no. El sonido salió desde muy abajo en la garganta. No quedó claro si Daniel lo pilló.

El tío dijo:

—Nadie nos la clava. Que quede claro.

Los tíos que estaban más alejados parecieron darse cuenta de que estaban hablando. Se acercaron. Cuatro. Gürhan, el legendario rey de los camellos, peligrosísimo. Tatuajes hasta el cuello: ACAB y una hoja de maría. A lo largo de uno de los antebrazos: el águila asiria con las alas extendidas. A lo largo del otro brazo, con letras góticas negras: *Born to Be Hated*³. Vicepresidente de la

² «Joder».

³ «Nacido para ser odiado».

banda del mismo nombre. La banda en más rápido ascenso del sur de Estocolmo. Una de las personas más peligrosas que conocía Mahmud. Mítico, explosivo, loco. En el mundo de Mahmud: cuanto más loco, más poder.

A los otros tres pavos Mahmud no los había visto nunca, pero todos tenían el mismo tatuaje que Gürhan. *Born to Be Hated*.

Gürhan hizo un gesto a Daniel: Quítale la pipa. El propio vicepresidente la cogió, la apuntó hacia Mahmud. A medio metro de distancia.

—Escucha. Esto es muy sencillo. Consigues la pasta para nosotros y dejas de liarla. Si no hubieras venido con chorradas, no habría hecho falta montar esto. ¿*Capisci?*

Mahmud tenía la boca seca. Intentó contestar. Miró fijamente a Gürhan.

—Voy a pagar. *Sorry* por haberla liado. Todo ha sido culpa mía. —Oía que le temblaba la voz.

La respuesta de Gürhan: un pedazo de bofetón con el revés de la mano. Le retumbó en la cabeza como un disparo. Pero no era un disparo; mil veces mejor que un disparo. Sin embargo: si a Gürhan se le iba la pinza, la cosa se acabaría de verdad.

Los músculos del cuello del tío tensaron el perfil puntiagudo de la hoja de marihuana sobre la piel. Sus miradas se cruzaron. Se fijaron. Se clavaron. Gürhan: enorme; más grande que Mahmud. Y Mahmud no era, ni mucho menos, un tirillas. Gürhan: criminal agresivo conocidísimo, profeta amante de la violencia, gánster deportista. Gürhan: más cicatrices en las cejas que Mike Tyson. Mahmud pensó: si se puede ver el alma en los ojos de alguien, Gürhan no tiene.

Fue un error siquiera decir algo. Debería haber bajado la mirada. Haberse inclinado ante el vicepresidente.

Gürhan aulló:

—Cabronazo. Primero jodes todo el asunto y te enchironan. Luego la pasma confisca la partida. Hemos visto la sentencia, ¿no

te das cuenta? Sabemos que en lo confiscado faltaban más de diez mil ampollas. Eso quiere decir que nos la clavaste. Y ahora, medio año después, nos vienes con chorradas cuando nos tienes que devolver la pasta que nos debes. ¿Te estás haciendo el duro porque has estado en chirona? Joder, eran tres mil paquetes de Winstrol lo que nos levantaste. A nosotros no nos roban. ¿No lo has pillado?

Mahmud, con pánico. No sabía qué contestar.

Con voz débil:

—Perdóname. Por favor. Perdona. Voy a pagar.

Gürhan le imitó con voz forzada.

—Perdóname. Perdóname. No seas tan amariconado. ¿Crees que eso va a valer de algo? ¿Por qué la has liado?

Gürhan cogió el revólver con las dos manos. Abrió el arma. Los proyectiles cayeron uno tras otro en su mano izquierda. Mahmud sintió que se relajaba. Podrían apalearle. Zurrarle hasta sangrar. Pero sin pipa... no pensaban quitarle de en medio.

Uno de los otros tíos se giró hacia Gürhan. Dijo algo breve en turco. Mahmud no lo entendió: ¿era la manera que tenía el tío de dar órdenes o de mostrar aprecio?

Gürhan asintió. Dirigió de nuevo la pipa hacia Mahmud.

—Vale, así están las cosas. Queda una bala en el tambor. Me estoy enrollando bien contigo. Normalmente te habría quitado de en medio directamente. ¿Verdad? No podemos tolerar una panda de pringados como tú. Que vayan y la monten en cuanto se jode la cosa. Nos debes un pastón. Pero esta noche estoy de buen humor. Voy a hacerlo girar y si tienes suerte, es el destino. Y te puedes marchar.

Gürhan levantó el tambor contra el cielo medio iluminado. Se veía con claridad: cinco agujeros vacíos y uno con una bala dentro. Giró el tambor. El sonido recordaba el de una ruleta girando. Sonrió ampliamente. Apuntó a la sien de Mahmud. Un sonido chasqueante cuando cargó el percutor. Mahmud cerró los ojos. Empezó a susurrar de nuevo la oración. Luego el pánico se apoderó

de él. Volvieron las imágenes. El corazón golpeaba tan fuerte que casi se le taponaban los oídos.

—Vamos a ver si eres un tío con suerte.

Hizo clic.

No pasó nada.

NO PASÓ NADA.

Volvió a abrir los ojos. Gürhan sonreía burlonamente. Daniel se reía. Los otros tíos se descojonaban. Mahmud siguió sus miradas. Miró hacia abajo.

Tenía las rodillas mojadas de la humedad del suelo. Y algo más. A lo largo de la pernera izquierda del vaquero. Una mancha alargada.

Carcajadas. Risas de burla. Sonrisas maliciosas.

Gürhan le devolvió el arma a Daniel.

—La próxima vez quizá te dé por el culo. Nenaza.

Sentimientos caóticos. Esperanza contra cansancio. Alegría contra odio. Alivio, vergüenza al mismo tiempo. Lo peor ya había pasado. Iba a vivir.

Con eso.

Telón.

Maltrato contra las mujeres

Las denuncias por maltrato contra las mujeres han aumentado en torno al 30% en los últimos 10 años hasta aproximadamente 24.100 denuncias, según la estadística del Consejo para la Prevención del Crimen (BRÅ). El aumento probablemente es debido tanto a que en la actualidad se denuncia el maltrato en mayor medida que antes como a que la violencia ha aumentado realmente. Al mismo tiempo hay un gran número de casos sin denunciar. BRÅ ha apreciado en estudios anteriores que sólo se denuncia a la policía uno de cada cinco casos.

En alrededor del 72% de las denuncias, la mujer conoce al agresor. En la mayoría de los casos, el hombre y la mujer mantie-

nen o han mantenido una relación cercana. El 21% de todos los casos de maltrato contra las mujeres se resolvieron con lo que se denomina cierre por vinculación con sospechoso. Esto significa que el fiscal, tras la investigación, tiene un sospechoso probable y que el fiscal decide presentar cargos, desestimar (por ejemplo, si la persona tiene menos de dieciocho años o si el delito es menor) o hay pena menor (multa o libertad condicional).

El maltrato contra las mujeres y los niños es un problema social al que se le ha prestado mayor atención en los últimos años. Esto ha sucedido tanto debido a la nueva legislación (relativa entre otras cosas a las órdenes de alejamiento y violencia grave contra la mujer) como por medio de otras medidas, por ejemplo, la implantación del Centro de Riesgos para la Mujer así como otras actuaciones en formación. También ha sido significativa la atención de organizaciones individuales, por ejemplo, por medio de la creación de servicios de asistencia para mujeres y chicas en cerca de la mitad de los municipios del país. Pese a las significativas inversiones persiste el problema; cada año se maltrata y se humilla a miles de mujeres.

Consejo para la Prevención del Crimen

Capítulo

2

Niklas había vuelto. Estaba viviendo en casa de su madre. Catharina. Intentaba dormir algo de vez en cuando, entre las pesadillas; en ese mundo: perseguido, acosado, castigado. Sin embargo, habitualmente era él quien empuñaba el arma, o el que daba patadas a personas indefensas. Como había ocurrido *allá abajo*. En la realidad.

El sofá era demasiado corto para dormir en él, así que ponía los cojines de piel en el suelo. Los pies le sobresalían al frío, pero no importaba; mejor que dormir plegado como una navaja multiusos Leatherman en un tresillo, aunque estaba acostumbrado a esas cosas.

Niklas vio la luz por la ranura de la puerta. Su madre seguro que estaba leyendo revistas del corazón ahí dentro, como siempre había hecho. Biografías, memorias y cotilleos. Un interés constante por los fracasos de los demás. Vivía a través de las noticias de las historias de amor, el alcoholismo y los divorcios sin valor de famosos de segunda categoría. Sus lamentables vidas quizá hacían que ella se sintiera mejor. Pero era sólo una mentira. Como la vida de ella.

Por las mañanas se quedaba acostado. Oía cómo ella se preparaba para ir al trabajo. Meditaba sobre cómo iba a ser su vida en Suecia,

la vida como civil. ¿En realidad a qué se iba a dedicar allí? Sabía qué trabajos podían cuadrar: vigilante, guardaespaldas, soldado. Este último no podía ser. Defensa no contrataría a un hombre con su pasado. Por otra parte, era lo que sabía hacer.

Se quedaba en casa. Veía la tele y cocinaba tortilla con patatas y salchicha de Falu. Comida de verdad, no alimentos secos, conservas y raviolis de lata. La comida *allá abajo*, en *la arena*, casi le había fastidiado el gusto por la auténtica salchicha Falu, pero le estaba volviendo. Algunas veces salía del piso. Para correr, hacer la compra, hacer gestiones. En mitad del día, poca gente fuera; corría con una intensidad excesiva. Hacía que los pensamientos desaparecieran.

Vivía allí de momento. A su madre no le iba bien que viviera con ella. A él no le iba bien vivir con ella. No iba bien que los dos supieran que no iba bien. Tenía que aligerar la presión. Encontrar algún sitio en el que vivir. *Make a move*⁴. Tenía que arreglarse.

Había vuelto, a la fácil, segura Suecia. Donde todo se puede arreglar con un poco de voluntad, sabiéndose mover, con dinero o contactos con los socialistas. Niklas no tenía esto último. Sin embargo, tenía voluntad; más sólida que el blindaje de un tanque M1A2 Abrams. Su madre le llamaba bravucón. Quizá había algo de eso, en cualquier caso *allá abajo* había sido lo suficientemente gallito como para arreglárselas con tíos que te acosaban por menos de un lapsus gracioso en inglés. ¿Y el dinero? No tenía una fortuna con la que vivir el resto de su vida; pero suficiente por el momento.

Estaba de pie en la cocina pensando. El secreto de una buena tortilla era hacerla tapada. Conseguir que el huevo cuajara más rápidamente en la superficie para evitar la clara babosa, con consistencia

⁴ «Realizar un movimiento. Mover ficha».

de gelatina, en la parte de arriba y huevo quemado en el fondo. Echó una gran cantidad de patatas en dados, cebolla y trozos de salchicha. Remató con queso. Esperó a que se fundiera. El aroma era fantástico. Mucho mejor que toda la bazofia que le habían dado *allá abajo*, incluso en Acción de Gracias.

La cabeza llena de pensamientos aburridos. Había vuelto; era agradable. ¿Pero en realidad a qué había vuelto? Su madre estaba cercanamente ausente. Él ya no sabía a quiénes conocía en Suecia. ¿Y cómo se sentía? Si en realidad lo pensaba. Confusión/reconocimiento/miedo. Nada había cambiado. Salvo él. Y eso le aterrizzaba.

Los primeros años que había estado fuera, venía a casa alguna vez al año, con frecuencia le daban permiso por Navidad o Semana Santa. Pero ya hacía más de tres años. Irak era demasiado intensivo. No se podía volver a casa de cualquier manera. Durante ese tiempo apenas había habló con su madre. Tampoco estuvo en contacto con nadie más. Era quien era. Sin que nadie lo supiera. Pero por otra parte, ¿alguien lo había sabido alguna vez?

El día pasó lentamente. Estaba sentado ante la televisión cuando ella llegó a casa. Aún lleno por la tortilla. Estaba viendo un documental sobre dos chicos que iban a cruzar la Antártida esquizando; el mayor sinsentido que había visto en su vida. Dos pringados intentando fingir la supervivencia; también había un equipo de filmación, era evidente. ¿Cómo se las arreglaban si hacía tanto frío y era tan jodido? Gente patética que en realidad no sabía nada de nada de supervivencia. Y aún menos de la vida.

Su madre parecía mucho mayor que la última vez que había estado en casa. Ajada. Cansada. Como agrisada. Se preguntaba cuánto bebía. Cuánto se había preocupado por él por las noches después de ver las noticias. Con qué frecuencia se había visto con Él, con E mayúscula; el hombre que les había destrozado la vida. La última vez que había estado en casa, ella le aseguró que ya no

se veían. Niklas lo creía aproximadamente igual que Muqtada al Sadr creía que Estados Unidos quería el bien de su gente. Pero ya se había acabado todo.

De alguna manera, ella era fuerte. Educó sola a un hijo díscolo. Se negó a recibir ayuda de la sociedad. Se negó a rendirse y coger la jubilación anticipada, como todas sus amigas. Iba por la vida matándose a trabajar. Por otra parte, había permitido que Él entrara en su vida. Que se hiciera con el control sobre ella. Que la humillara. Que la machacara. ¿Cómo podían ser tan distintos?

Ella puso una bolsa de la compra en el suelo.

—Hola. ¿Qué has hecho hoy?

Vio que ella tenía dolores. Lo había notado ya en el primer día en Suecia; su espalda estaba fuera de juego. Sin embargo, seguía trabajando, si bien es cierto que media jornada, pero así y todo, ¿qué sacaba en claro con ello? Su cara nunca había irradiado precisamente alegría. Las arrugas del ceño eran ahora profundas, pero siempre habían estado ahí. Creaban una expresión constante de preocupación. Bajaba las cejas, las juntaba y sus arrugas más marcadas se acentuaban casi un centímetro.

Siguió observándola. Rebeca rosa, su color favorito. En las piernas, un par de vaqueros ajustados. Al cuello, una gargantilla con un corazón de oro. El pelo, con mechas rubias. Niklas se preguntó si aún se las hacía en la peluquería de señoras de Sonja Östergren. *Some things just never change*⁵, como solía decir Collin.

En realidad era la persona más buena del mundo. Demasiado buena. No era justo.

Catharina. Su madre.

A quien quería.

Al mismo tiempo que despreciaba.

Debido a eso: la bondad.

Era demasiado débil.

Eso no estaba bien.

⁵ «Algunas cosas nunca cambian».

Pero nunca podrían hablar de todo.

Niklas llevó la bolsa de la compra a la cocina. Volvió al salón.

—Me voy a mudar pronto, mamá. Voy a comprar un contrato.

Las arrugas de nuevo ahí. Como grietas en un camino en el desierto.

—Pero, Niklas, ¿eso no es ilegal?

—No, en realidad no. Es ilegal vender contratos de alquiler, pero no comprarlos. Saldrá bien. Tengo dinero y nadie me va a engañar. Te lo prometo.

Catharina farfulló algo como respuesta. Entró en la cocina. Empezó a hacer la cena.

El insomnio estaba empezando a destrozarle. Ni siquiera había dormido tan de pena durante las peores noches *allá abajo*, cuando las granadas hacían más escándalo que unos fuegos artificiales de Nochevieja en medio del salón. Los taponos para los oídos solían ser una bendición. El reproductor de CD, una salvación. Ahora no funcionaba nada.

Miró la ranura bajo la puerta de su madre. Apagó la luz a las doce y media. Por algún motivo ya sabía que no iba a poder dormir. Dio vueltas y más vueltas. Cada vez la sábana se deslizaba más y más a uno de los lados de los cojines del sofá. Se arrugaba. Empeoraba la posibilidad de dormir.

Meditó sobre sus compras del otro día. Sin armas se sentía inseguro. Ahora se sentía más tranquilo. Había conseguido lo que necesitaba por el momento. Los pensamientos siguieron fluyendo. Sopesó alternativas de trabajo. ¿Cuánto de su CV debía mostrar? Casi se rió solo en la oscuridad: en Suecia quizá no valoraban mucho el conocimiento profundo de más de cuarenta tipos de armas.

Pensó en Él. Tenía que marcharse del piso, del edificio de viviendas de alquiler. Le daba malas vibraciones. Recuerdos duros. Proximidad peligrosa.

Niklas pensaba vivir según su propia filosofía. Un templo de pensamientos que había construido meticulosamente en los últimos años. Las reglas éticas eran importantes sólo para ti mismo. Si podías deshacerte de ellas, te liberabas. *Allá abajo, en la arena*, murió todo eso. La moral se secó como una costra que desaparecía sola pasadas unas semanas. Era libre; libre para poder llevar su vida de la forma que mejor le pareciera.

Pensó en los hombres. Collin, Alex, los demás. Ellos sabían de lo que hablaba. En la guerra, la persona se hacía consciente de sí misma. Sólo existías tú. Las reglas eran para los demás.

Al día siguiente se puso en contacto con un agente inmobiliario ilegal. La voz del tío sonaba sospechosa por teléfono. Un tipo asqueroso, seguro. A Niklas le había dado el número un antiguo conocido del colegio, Benjamin.

Primero tuvo que dejar un mensaje en el contestador del pavo. Cuatro horas más tarde llamaron con número oculto.

—Hola, soy el agente. He oído tu mensaje de que estás interesado en encontrar un objeto. ¿Correcto?

Niklas pensó: algunos viven bien a costa de las situaciones críticas de otros. El tío era un zorro. Evitaba palabras relacionadas como *piso, contrato o ilegal*; sabía que no había que nombrar aquello que pudiera utilizarse en su contra.

El agente ilegal le dio instrucciones: yo te llamo, tú nunca me llamas.

Se verían al día siguiente.

Entró en el McDonald's. Tremendamente cansado, pero listo para reunirse con el agente. El sitio era como lo recordaba. Sillas metálicas incómodas, paneles de madera de cerezo pintados, suelo de plástico. Típico olor a McDonald's: una mezcla de porquería y carne de hamburguesa. Huchas de Ronald McDonald junto a las

cajas; anuncios de Happy Meal en los protectores de las bandejas; tras las cajas, chavales con pelusilla y chicas morenas.

La diferencia desde la última vez que había comido allí: el fascismo de lo saludable. Zanahorias mini en lugar de patatas fritas, pan integral en las hamburguesas en lugar del blanco tradicional, ensalada César en lugar de hamburguesas con extra de queso. ¿Qué problema tenía la gente? Si no se movían lo suficiente para quemar comida normal, deberían pensárselo dos veces antes de siquiera entrar en ese sitio. Niklas pidió un agua mineral.

Un hombre se dirigió hacia su mesa. Vestido con un abrigo largo que casi arrastraba por el suelo; debajo, traje gris y camisa blanca. Sin corbata. Pelo hacia atrás y ojos vacíos. La sonrisa tan amplia que la cabeza se le iba a partir en dos.

Tenía que ser el agente.

El hombre alargó la mano.

—Hola, soy el seguidor.

Niklas le hizo un gesto con la cabeza. Indicación: Tú serás el seguidor que necesito; pero no voy a lamerle el culo a nadie por eso.

El tío pareció sorprendido. Dudó un segundo. Luego se sentó.

Niklas fue al grano:

—¿Qué tienes para mí y cómo funciona esto?

El agente ilegal se inclinó hacia delante:

—Pareces ser muy directo. ¿No quieres comer nada?

—No, ahora no. Pero cuéntame qué tienes y cómo funciona.

—Como quieras. Tengo el artículo donde lo necesites. Puedo conseguirlo en los municipios del sur, del norte, en Östermalm, Kungsholmen. Puedo en el Real Sitio de Drottningholm, si te interesa. Pero no pareces de éstos. —El agente se rió de su propia broma.

Niklas no dijo nada.

—Pero recuerda, si alguna vez vienes con que nos hemos visto aquí y hemos hablado de lo que vamos a hablar, esto jamás

ha sucedido. Ahora mismo estoy en una reunión con unos compañeros, para que te conste.

Niklas ni oyó ni comprendió de qué hablaba el agente.

—Verás, tengo cobertura por si alguien la lía. Para que te conste. Si surgen complicaciones, tengo testigos de que yo estoy ocupado con otros asuntos, en otro sitio, en este momento.

—Vale. Me alegro por ti. Pero no has contestado a mi pregunta.

El agente volvió a sonreír. Se puso en marcha. Hablaba deprisa y con poca claridad. Niklas tuvo que pedirle varias veces que repitiera lo que había dicho. El estilo seguro del tío no encajaba con su manera de hablar.

Le habló en detalle sobre los artículos: en todos los barrios de la ciudad. Colaboración con propietarios de pisos de lujo, casas unifamiliares, agencias públicas de vivienda. Pisos espectaculares en el centro, apartamentos de un dormitorio en Södermalm o estudios en la periferia. Según él: arreglos seguros y a buen precio.

Niklas ya sabía lo que quería. Un apartamento de un dormitorio en alguna población cercana de la periferia. Preferiblemente cerca de su madre.

El agente explicó el procedimiento. Los preparativos. Los plazos. El proceso. El tío parecía como si le pareciera que todo era un juego.

—Primero te inscribimos unos meses en un piso que esté lejos y que tenga una lista de espera corta. En el registro todo parecerá bien y correcto. Será tu dirección de empadronamiento y, puesto que había una lista de espera corta para ese piso, nadie se extrañará de que lo hayas conseguido. Yo me encargo de los contactos con el propietario. Después de unos meses cambiamos ese piso por el que vas a comprar. De esa forma será un cambio completamente limpio. Luego el que venda tendrá que inscribirse al menos dos meses en el mismo piso por el que se hace el cambio, o sea, tu piso ficticio. La verosimilitud lo es todo en mi sector, como te podrás imaginar.

Problema. No valía; Niklas tenía que conseguirse una choza en esa misma semana. Tenía que salir del piso de su madre. Rápido.

El agente sonrió socarronamente.

—Vale, creo que entiendo tu problema. ¿Es que te ha echado la parienta? ¿La ropa destrozada? ¿El estéreo destrozado? Cuando se enfadan, suele montarse la de Dios.

Niklas no retiró la mirada. Miró fijamente dos segundos más de lo que el código social podría justificar como una broma.

El agente por fin lo pilló; no era situación para intentar hacerse el gracioso. Dijo.

—*Whatever*⁶. De cualquier forma, puedo ayudarte. Arreglamos un contrato de subarrendamiento para los tres meses que necesitas esperar. ¿Te vale? Te puedo poner en un apartamento guay de cincuenta metros cuadrados de un dormitorio en Aspud-den la próxima semana si quieres. Pero va a costar un poco más, claro. ¿Qué te parece?

Necesitaba conseguir algo aún más rápidamente.

—Si pago aún algo más, ¿se puede conseguir más rápido?

—¿Aún más rápido? Sí que estás en las últimas, si me permites la expresión. Pero claro, lo puedes tener pasado mañana.

Niklas sonrió para sus adentros. Eso sonaba bien. Tenía que marcharse.

En realidad, mejor de lo que había esperado.

Desaparecer tan rápidamente.

⁶ «Lo que sea».